

Y á pesar del terròr que la abrumaba, lanzó á los hermanos d'Aunoi una mirada terrible.

Y lo hizo porque pensaba que ellos eran sus acusadores, y que á ese acto les habia arrastrado el descubrimiento de las numerosas infidelidades con que la habian agraviado y de las que ella era cómplice.

Gauthier no era hombre que sufriera el ataque sin volverlo.

—Señora,—esclamó poniendo la mano en el puño de su espada,—ninguno, ni ántes de ahora ha insultado impunemente nuestro honor; y con el permiso de mi señor y rey, digo y sostengo que esas tarjetas han sido halladas por mí en la mano de un hombre muerto, sacado del agua por unos pescadores, y que tenia una herida de daga en medio del corazon: tengo por cobarde al que pretenda lo contrario, y digo y sostengo que ha mentido. Así, pues, con la venia del rey nuestro señor, os pedimos que nombreis vuestros caballeros para que les demos empeño de combate.

Juana temblaba, pero ahora, tanto de rabia como de temor.

—Sire,—dijo,—permitid que la suegrá del rey de Francia no se esponga mas con esos villanos.

—Lo que no podrémos sufrir es que se dilate el esclarecimiento de este negocio. Lo procurarémos y nos ayudará el preboste de Paris, á quien mandarémos llamar hoy mismo.

Juana se retiró con la rabia en el corazon.

El rey con una señal despidió á los hermanos d'Aunoi.

Cuando se halló en su cámara la condesa de Poitiers, dió libre rienda á sus lágrimas y á su cólera.

—Traidores!—decía,—qué dulce me seria arrancarles el corazon! Oh! me vengaré, aunque mi venganza cause la ruina del mundo! . . . porque os aborrezco, infames! . . . Y tambien á vosotras, Blanca y Margarita, que me habeis atraido este perjuicio, y ya veréis lo que puede mi odio!

Y cayó abrumada en un sillón, y flotaron en su pensamiento mil proyectos de venganza, á cuales mas atroces y extravagantes.

## V.

Ultima noche de los hermanos d'Aunoi y de Blanca y Margarita en la Torre de Nesle.—Audacia de Juana.—El delito flagrante.—Muerte de Orsini.—Prision, juicio y condenacion de los hermanos d'Aunoi.—Margarita de Borgoña y Blanca en el castillo Saillard.—Juana en el castillo de Dourdan.—Desesperacion de Buridan.—Buridan intenta salvar á los caballeros.

Mientras que Juana pensaba en su venganza, Felipe y Gauthier pedian una cita á sus reales queridas, á fin de ponerse de acuerdo con ellas para defenderse victoriosamente, en el posible caso de que Juana lo confesara todo.

Margarita de Borgoña consintió con tanto mas gusto en esa entrevista, cuanto que Luis el *Hutin* debia llegar á Paris muy pronto, y á esa muger insaciable de placeres, le importaba aprovechar el tiempo.

Blanca se dejó seducir fácilmente, porque á pesar de las numerosas ocasiones que era infiel á Felipe, no habia dejado de amarle con pasion.

En cuanto á Juana, ya habian resuelto sacrificarla á la salvacion comun.

Orsini recibió aviso de lo que habia sucedido, y al mismo tiempo que hacia los preparativos para ese nuevo desórden, pensaba ponerse en seguridad para el caso de que un escándalo lo obligase á huir.

Inmediatamente que anocheció, Felipe y Gauthier se dirigieron al hotel de Nesle y fueron introducidos en la torre.

Una hora despues llegaron Blanca y la reina de Navarra.

Al principio tuvieron consejo entre sí y Orsini fué admitido en él: nunca se habia tenido tanta necesidad de su talento, tan fecundo en medios astutos y en expedientes de todas clases.

No es preciso decir que los caballeros no habian pensado que Juana no era la única culpable.

Estaban demasiado enamorados, y se creian demasiado sinceramente amados para que les viniese á la mente semejantes sospechas, y por otra parte, Orsini tenia dispuesta una fábula.

Diria que Juana venia muchas veces á la torre, que allí recibia á personas



desconocidas, á quienes no se volvía á ver cuando habian entrado en su aposento, y que esos días obligaba á Orsini á que saliera de la torre, no queriendo que la acompañaran mas que dos soldados que la seguian.

—Juana puede acusarnos,—dijo Margarita, cuando Gauthier refirió lo que habia pasado en el aposento del rey;—pero no puede probarnos nada.

—No, mi querida amiga,—respondió Gauthier,—no probará nada; pero hará nacer sospechas que es preciso poder destruir.

—Y cómo destruirlas,—dijo Felipe,—cuando no se puede mas que negar? Una negacion no se prueba, y mejor que eso seria no tener que temer.

—Mejor que eso,—dijo á su vez Orsini,—y lo que es preciso ya lo he encontrado.

—Oh! habla! habla!—esclamó Margarita.

—Podria conseguirse un papel escrito por la princesa Juana?

—Tengo diez cartas que me escribió de Borgoña antes de que la hubiese y hecho venir á Paris,—respondió Margarita.

—Démelas la reina si quiere. Conozco un honrado copiante, esperto y hábil para imitar toda clase de letra, de cifras y de sellos, el cual, mediante un poco de oro, me hará cartas de la princesa Juana dirigidas á la reina, y en las cuales la princesa Juana respondiendo á ciertos reproches que sus reales cuñadas le habrán dirigido, confesará que, en efecto, dominada por el amor al placer, ha faltado á sus deberes; pero que no tiene nada que temer de los que han obtenido sus favores. Añadirá que siente no haber seguido sus sábios consejos é imitado la virtuosa conducta de Margarita y de la princesa Blanca.

—Pero eso es desleal... es una espantosa traicion!—esclamaron á un tiempo los dos hermanos.

—Piensa, Gauthier mio,—dijo la reina de Navarra,—que esas cartas no se presentarán sino en el caso en que Juana nos acuse. En semejante estremidad es preciso usar de todos los medios de salvacion.

Los dos hermanos movieron la cabeza como hombres persuadidos de la bondad de la objeccion.

—Y comprended,—añadió Orsini,—que nuestro medio no agravará en nada la posicion de la princesa Juana, puesto que ella se habrá confesado culpable. En esas cartas no se dirá mas de lo que ella haya confesado, que los elogios dados á sus cuñadas, y esto es cosa muy inocente.

Fué preciso que los caballeros consintiesen en ello; no podian insistir en no querer lo que querian sus queridas, arriesgándose á perderlas cuando parecia tan fácil asegurar para el porvenir la felicidad de que disfrutaban á su lado.

—Orsini,—dijo Margarita,—mañana al amanecer.

—Pero quién nos responderá de la discrecion del escribiente?—preguntó Blanca.

—Yo, señora,—respondió Orsini.

—Le volverás mudo,—dijo Margarita sonriendo.

—Y ciego. ¿No sabe la reina que tengo bastante talento para ello?

—Estamos prontas á reconocer al astrólogo Orsini como el hombre mas hábil del mundo. Y ahora, á un lado los asuntos, y vivan los amores!

Orsini se retiró y las dos parejas fueron á la sala del festin, donde la víspera á la misma hora, las tres infames mesalinas preludiaban con sus besos los crímenes mas horribles.

Mientras tanto, Juana no habia tardado en recobrar una poca de calma.

Su sed de venganza crecia; y á los mil insensatos proyectos que habia formado al principio, acababa de suceder en su pensamiento, un medio seguro y fácil á la vez de herir con golpe seguro y decisivo.

Llamó á Olivier, á su page favorito, que era para ella lo que los hermanos d'Aunoi para Blanca y para Margarita.

—Querido Olivier,—le dijo,—tengo unos temores mortales; acaso pronto será necesario separarnos para siempre.

—Oh! mi noble señora, amada de mi corazon, ojalá y muera yo ántes de que me suceda semejante desgracia!

—Pobre niño! me amas, no es verdad?

—Con toda mi alma, mi divina señora!

—Pues bien! es preciso que me des una prueba de ese amor.

—Hablad! habla! mi querida Juana. Queréis toda la sangre de mis venas?

—No tanto amigo mio; no te pido mas que un poco de afecto, y mucha discrecion. Escucha: sabes que los caballeros d'Aunoi conocen nuestro secreto, como nosotros el suyo.

—Secreto sagrado que nunca saldrá de mis lábios.

—Lo creo. Desgraciadamente los señores d'Aunoi no tienen tan gran mérito, y tengo certidumbre de que están dispuestos á traicionarnos.

—Vive Dios!... No cometerán esa villanía sino despues de haberme arrancado las entrañas! Voy.....

—No, niño, no; te perderias sin salvarme.

—Pues qué he de hacer?

—Oyeme.

—Escucho, alma de mi vida.

—Para evitar ese golpe que temo, es preciso que los hermanos d'Aunoi sean vigilados de modo que yo pueda saber inmediatamente todos sus pasos.

—Desde ahora los vigilo.

—Ve, y acaso nos salvarás.

Y la astuta sirena pagó con un beso la adhesion del jóven.

Para lograr ese premio, Olivier habria escalado el cielo.

Como el page podia penetrar por todo el palacio, cumplió de tal manera su mision, que el capitán de las guardias no pudo dar un paso sin que él le vigilara; pero Gauthier no paró en ello su atencion.

En la noche, la vigilancia fué mas fácil.



Los hermanos d'Aunoi salieron, y Olivier les siguió á cierta distancia; saltaron en un batel, él entró en otro y llegó casi al mismo tiempo que ellos al otro lado del agua. Por último, les vió entrar en el hotel de Nesle.

Seguro de que no saldrían muy pronto de aquel lugar, el page se lanzó hácia el rio, y cinco minutos despues estaba al lado de Juana.

—Y bien?—le preguntó la princesa.

—En el hotel de Nesle! Ah! Por qué no estamos juntos?

—¿En el hotel de Nesle?

—Ay! sí.

—Estás seguro de haberles visto entrar?

—Como lo estoy de adoraros toda mi vida.

—Oh! gracias, gracias, Olivier! . . . Descansa, hijo mio.

—Y no irémos al hotel?

—No, amigo mio, porque en eso hay un lazo, y ellos solos caerán en él.

Olivier no comprendía bien que en ello hubiese un lazo; pero Juana le dió un nuevo beso, que él no habria cambiado por otra esplicacion mas clara, y no la escigió ya. Nos engañamos, escigió mucho mas; pero Juana habia puesto un dedo en su boca para imponerle silencio, y luego corrió á una de las ventanas de su aposento, desde donde ocultándose con las cortinas, se puso á observar.

Hacia cosa de media hora que se hallaba allí, cuando percibió un movimiento en la orilla del rio, y luego miró que una barca se deslizaba de una orilla á otra, y que se dirigía hácia la Torre de Nesle.

—Oh!—esclamó transportada de alegría,—ya son míos! Están perdidos, y yo me he salvado!

—Salvado?—dijo Olivier.

Juana no le oyó.

Acababa de salir corriendo de su habitacion.

En un abrir y cerrar de ojos llegó á la cámara del rey, quien se sorprendió de la visita, y sobre todo de la alegría que se pintaba en el semblante de aquella muger, á quien él estaba dispuesto á creer culpable de los mas grandes crímenes.

—Qué hay, señora, y que buena noticia traéis con tanta alegría?

—Ah! Sire, cómo se ha de estar alegre, cuando vengo á decir al rey una cosa tan desagradable?

—Qué ha sucedido de nuevo? . . . Por Dios mi padre, que este dia ha sido muy extraño. Os escuchamos, señora.

—Señor, el corazon me desfallece al pensar en lo que va á suceder; pero hoy se ha cometido un atentado tan grande contra mi honor, que no podré callar todo lo que pueda demostrar mi inocencia, y confundir á las gentes malas y desleales que han querido perderme. Sire, recordais sin duda las palabras y el juramento pronunciados esta mañana por los caballeros d'Aunoi?

—Por Dios que esas son cosas que no se olvidan fácilmente.

—Pues bien, Sire, han mentido, son perjuros y traidores, y en el momento podeis tener la prueba de lo que digo.

—Y dónde hallarémos esa prueba?

—En el hotel de Nesle, Sire, en la torre que dá sobre el agua.

—Queréis decirnos lo que pasa en esa torre?

—Debo decirlo, porque sin duda para eso me lo ha hecho descubrir la Providencia. Allí, señor, pasan todas las noches espantosos desórdenes, y la consecuencia de ellos es á menudo la muerte de los hombres; allí hay en este momento caballeros en brazos de mugeres que faltan á sus maridos, mugeres á quienes no me atrevo á nombrar sin herir vuestro real y paternal corazon.

—Hablad, decidlo todo.

—Ah señor, me es muy penoso.

—Lo queremos, señora, y si es necesario os lo mandamos.

—Séame testigo Dios de que lo hago por obediencia, porque mi primer deber es obedecer á vuestra real voluntad. Las mugeres son Blanca y la reina de Navarra.

—Blanca! Margarita!

—Sí, Sire.

—Oh! no, no! Eso no es verdad!

—Ay! sí; es verdad.

—Os han engañado.

—Sire, me vais á acusar de mentira, cuando os es tan fácil asegurarnos de que digo la verdad?

—Por Cristo! que para creerlo, quiero verlo con mis propios ojos.

—Y lo veréis, señor, si quereis hacer lo que voy á deciros.

—Lo quiero! Pero por la Virgen que sea pronto.

—Pues bien! Seria preciso que muchos bateles conduciendo un buen número de arqueros, fueran inmediatamente á embestir la puerta de la torre que da sobre el agua, miéntras que el rey, bien acompañado penetrara por la puerta que da al patio del hotel, sin ruido, por sorpresa, á fin de sorprender á los culpables ántes de que puedan ser avisados, lo cual será fácil haciendo llamar al astrólogo Orsini que está allí por ciertas diabluras de fines desconocidos al fiel servidor que casualmente ha hecho este descubrimiento.

El monarca estaba en una agitacion estrema; pero esto no le impidió dar inmediatamente las órdenes mas perentorias para que se hiciera lo que Juana acababa de decir.

Ménos de un cuarto de hora despues, cinco ó seis barcas cargadas de arqueros y protegidas por la oscuridad de la noche, se formaban silenciosamente delante de la torre, miéntras que Felipe el Bello en persona, acompañado de muchos de sus oficiales y de cincuenta guardias, pasaba el rio un poco mas abajo.

Llegó al otro lado y se encaminó directamente al hotel.

Uno de los oficiales llamó á la puerta principal.



El postigo se abrió, y una cabeza se asomó.  
El oficial, según las instrucciones que le habían sido dadas, dijo que tenía una cosa importante que comunicar al astrólogo Orsini; que le abrieran la puerta, y que le avisaran mientras que él esperaba en el patio.

La puerta fué abierta sin desconfianza, el oficial entró, la cerró, y se dirigió á la torre que daba sobre el agua.

Mientras tanto, el oficial recorrió los cerrojos que había corrido el conserje, é hizo entrar al rey y á los que le acompañaban.

Orsini, después de haberse hecho repetir que el personaje que quería hablarle estaba solo, salió sin desconfianza de la torre.

Apénas dió algunos pasos, cuando le asieron cuatro puños vigorosos, al mismo tiempo que le pusieron diez espadas frente al pecho.

—Si dices una palabra, eres muerto!—le dijo una voz enérgica.—Camina, é introdúcenos en la torre de la orilla del agua, ó inmediatamente entrego tu alma al diablo.

A Orsini no le faltaba audacia: intentó desasirse; pero sus dos brazos estaban apretados por puños de hierro, y al primer movimiento que hizo, sintió que las diez puntas de las espadas le rozaron el cutis.

—Obedezco,—dijo.

—Marcha, pues.

—Una sola palabra.

—Veamos,—dijo el rey, que era uno de los que le asian.

—Si buscáis un rico botín, cierto que le hallaréis de este lado; pero mucho más pronto en los departamentos del sur, á donde voy á conducirlos.

—Por mi alma!—dijo el rey.—Esta presa infernal nos toma por ladrones! Nada de palabras. Llévanos á donde querémos.

Entonces conoció el astrólogo de qué se trataba, y cambió de lenguaje.

—Si sois gentes honradas,—dijo,—seguramente sabéis que no soy más que un servidor que debo obediencia á quien me alimenta y me alberga; no me hagais responsable de actos que no podrían imputárseme con justicia.

—Camina!—dijo el rey.

Entonces las espadas que le amenazaban cambiaron de dirección.

Orsini sintió las puntas en sus espaldas, y echó á andar hacia la torre, no sin pensar cómo salir del mal paso; porque según hemos visto, era un hombre de muchos espedientes, y quien difícilmente se daba por vencido.

Llegó al pié de la torre, se detuvo, y dijo en el tono más lastimoso que pudo:

—Señores, la puerta no puede ser abierta más que por las personas que están en el primer piso; permitid que alce la voz para llamarlas.

—Miserable,—dijo uno de los oficiales,—trae las llaves en la cintura.

Y le arrancó las llaves, que en efecto estaban colgadas á la cintura del astrólogo.

Entonces fueron colocados unos centinelas, de modo que hicieran imposible toda evasión.

En seguida, el rey, sus oficiales y el resto de sus guardias, penetraron en la torre, andando con precaución, y conduciendo á Orsini en medio de ellos.

Llegaron al primer piso, que estaba alumbrado con muchas bujías; Orsini reconoció al rey y cayó de rodillas.

—Sire,—le dijo;—si V. M. se me hubiera dado á reconocer inmediatamente, indudable es que no habría puesto dificultad en obedecer á V. M., y en este instante estoy dispuesto á no ocultar nada de lo que queréis saber de mí.

De este modo, el astuto bribón esperaba ganar tiempo y lograr dar á las dos parejas que estaban en dos aposentos vecinos, la señal de retirada.

El rey, que adivinó su designio, le apartó con el pié, mientras que por su orden, el oficial que llevaba las llaves, abría rápidamente las dos puertas.

Entonces el astrólogo, que se vió perdido, intentó el último esfuerzo, y levantándose bruscamente, logró desarmar á uno de los oficiales al mismo tiempo que lanzaba un grito para dar la alarma, y llamar en su socorro á los hermanos de Aunoí.

Este fué el último acto de su vida.

Cuatro espadas le atravesaron el pecho, y le derribaron en tierra.

Al grito que lanzó Orsini, al ruido de las puertas que se abrieron, Felipe y Gautthier saltaron sobre sus espadas; pero antes de que hubieran podido desvainarlas, les atacaron veinte arqueros é inutilizaron su coraje.

—Señoras nueras mías,—esclamó el rey,—sería mucha vergüenza para Nos, mirar semejantes libertinas en el estado en que os hallais. Queremos que se os deje solas en esos aposentos, y ahí os harémos vigilar hasta la hora en que nos plazca trataros como lo mereceis.

Los dos caballeros desarmados, fueron sacados fuera de los aposentos hasta la primera pieza, donde se les dieron sus vestidos; y luego, por orden de Felipe el Bello se les condujo al pequeño Châtelet, donde fueron encerrados en un calabozo subterráneo.

Aunque en ese tiempo no había periódicos, nunca acaecian sucesos de esa importancia, sin que la crítica no se esparciera rápidamente.

Al día siguiente ya no se hablaba en todo París más que de ese escandaloso negocio, y Buridan no fué el último en saber todo lo acaecido.

Este desenlace tan imprevisto le llenó de estupor; todas sus esperanzas estaban desvanecidas: la vispera tenía un trono en perspectiva, y después de lo sucedido estaba sentenciado á vivir como ave de rapiña, ó á vender su brazo y su espada á algún vasallo de humor guerrero, y á hacerse matar por los lindos ojos de alguna castellana, el que aun en aquel momento era el amante de la más bella reina del mundo.

No se resigna uno fácilmente á semejante caída cuando está dotado de la audacia que tenía el antiguo page de Roberto II.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.



Buridan confirmó sus noticias.

Supo que de las tres cuñadas, solo Juana habia escapado á las consecuencias de sus crímenes, y no necesitó mas para convencerse de que ella descargó el golpe, que desvaneciò como si fuera un sueño, el brillante porvenir que habia entrevisto.

Inmediatamente tomó su partido.

Corrió á ver á Juana.

Se le dijo que la princesa estaba affligida y que no podia recibir á nadie.

—Anunciadla,—dijo,—que el caballero que se presenta ha tenido el honor de cenar con ella hace dos dias.

Juana se aterrorizó.

No dudó que fuera el atrevido nadador que tan milagrosamente se habia escapado de la torre de Nesle.

Temió una nueva tempestad, quiso disiparla á todo precio, y recibió á Buridan.

—Señora,—le dijo,—habiéndonos visto tan de cerca en cierto lugar, puedo descuidar las cortesías, é ir rectamente al asunto que me trae.

—Cuidado, señor, no recordamos haber honrado con nuestra presencia, ningun lugar donde puedan hallarse gentes descorteses como vos.

—El tiempo urge, señora, y en semejantes circunstancias, las mejores frases son las mejores. Habeis querido perder á las señoras Blanca y Margarita de Borgoña; es preciso que me ayudeis á salvarlas, ó que os perdais con ellas.

—Bahl

—Si decis una sola palabra mas en ese tono, si llamais á una sola persona ántes de que yo salga, es segura vuestra pérdida, teneis un pié en el abismo, y con una palabra os puedo arrojar en él: haced que no la diga.

Tanta audacia aterrorizó á Juana.

—Así, pues,—cuando la vió en el estado en que la queria,—escuchad. Es preciso que Blanca y la reina de Navarra, puedan decir y probar que se las ha hecho violencia; que los hermanos d'Aunoi, por una maquinacion infernal, las forzaron á ir á aquel lugar donde se las encontró; es preciso que lo digan y que lo puedan probar; y para que sea así, es necesario que Felipe y Gauthier d'Aunoi salgan de su prision, y desaparezcan ántes de que se les haya interrogado. Ya veis que no es cosa que tiene mucho que pensarse.

—Y qué puedo hacer en todo eso, señor?—preguntó la princesa, que conoció la imprudencia que habia en rehusar.

—Obedecerme ciegamente.

Juana le lanzó una mirada terrible; pero no se atrevió á manifestar de otro modo su cólera.

Buridan continuó:

—Me obedeceréis?

—Dios miol.

—Nada de palabras inútiles. Si, ó no.

—Si, ya que es preciso.... oh!.....

—Basta.

La princesa temblaba de horror; pero no se atrevia á mirar ya á aquel hombre cuya voz le aterrorizaba.

Buridan prosiguió:

—Teneis oro?

—Poco.

—Necesitaré mucho; le hallaréis y le mandaréis en una cajita á la hostería del Cisne de Oro, para que se le entregue al caballero Juan Buridan. Os doy una hora para eso. Urgentemente es preciso que me entregueis todo lo que teneis de oro y de pedrerías.

—Acaso quereis merecer el nombre de caballero ladron?

—Quiero que me lo entregueis inmediatamente.

—Así se habla á la nuera del rey?

—Aun cuando fuérais nuera de Dios mismo, no me importaria nada.

—Oh! eso es mucho insulto.

—Si no os apresurais á hacer lo que os digo, juro por Dios que no saldréis de las manos del verdugo sino para ir á las del diablo.

—Pero á lo ménos, nos prometeis un secreto inviolable?

—Os lo prometo.

—Lo jurais?

—Lo juro.

—Os ecsijo un juramento completo y solemne.

La princesa tomó de un mueble el libro del Evangelio, libro siempre precioso, pero que en aquella época lo era á un mismo tiempo por la palabra divina que contiene y por su ejecucion material.

Entónces semejante libro era una fortuna, y se vendia por antenotario.

Buridan puso la mano encima del libro, y juró no intentar nada contra la princesa, con tal que hiciese lo que le acababa de mandar, y lo juró por su fé de cristiano y por su honor de caballero.

Cosa monstruosa era la barbarie de ese tiempo, en que gentes manchadas con los crímenes más espantosos ponian á Dios por testigo de su honor y de su fé!

Juró Buridan, y Juana le entregó escrupulosamente todo el oro y pedrerías de que podia disponer; porque se envanecía de su probidad, esa muger que traicionaba á su marido y que hacia asesinar á sus amantes.

—Es poco. Esperamos que nos deis mas inmediatamente.

—Lo procuraremos, señor; pero creemos que vais á intentar un mal asunto, en que vuestra pregunta puede recibir una herida de daga.

—Eso es negocio mio, señora, y que será mas seguro si os poneis en ocasion para que así suceda; pero harémos de modo que no seais escuchada.

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. E.



Y sin otro cumplimiento, salió y corrió al cuartel de las Escuelas, donde estaba situado el pequeño Châtelet.

Un cuarto de hora despues llegaba á la calle del Feure, donde pululaban los estudiantes de la Universidad, raza turbulenta como la de hoy; pero mas audaz y batalladora que la de nuestros días.

En aquel tiempo no era raro que aquellos aprendices de doctores, pusiesen, para distraerse, á fuego y sangre cualquier cuartel de la ciudad, y que sostuvieran una batalla contra los ciudadanos, las patrullas, y aun contra las mismas tropas del rey, quienes en semejantes encuentros salian mas á menudo derrotadas que victoriosas.

Hacia buen tiempo: el sol resplandecía, y habia un gran número de paladares secos entre la gente docta, y como siempre, estaban vacias la mayor parte de las escarcelas.

El momento era de los mas propicios para la empresa que meditaba el ex-page.

Buridan subió encima de un recanton, y con toda la fuerza de sus pulmones, gritó:

—Looor á las escuelas!

Este era el grito de reunion de esas alborotadoras bandas de estudiantes, de los cuales el mayor número vivia de rapiña y de limosnas.

Este grito anunciaba casi siempre una buena noticia, como hostería que pillar, ciudadano á quien desollar, y arqueros á quien batir.

Así es que, apénas gritó Buridan, cuando se reunió en su derredor una numerosa multitud.

—Compañeros,—continuó entónces el ex-page,—no sabeis en qué espera y quiere pasar hoy el tiempo el rey Felipe vuestro señor? No lo sabeis? Oid y me daréis gracias. Ese querido señor que ha hecho en Flandes tan hermosas proezas, quiere tratar á los estudiantes como á los habitantes de Bruges, destruyendo á nuestra sabia madre la Universidad; quiere quitarnos todos los derechos y prerogativas, hacernos juzgar por sus prevostes, y colgarnos en las horcas de Montfaucon como si fuéramos ladrones!

—Justicia! justicia! muera el Monedero falso!

Este era el sobrenombre que el pueblo habia dado á ese monarca, y en verdad que no lo habia robado.

—Compañeros,—repitió Buridan muy satisfecho de las felices disposiciones de su auditorio,—sabemos por buen conducto que en el consejo de dicho señor, se hallan dos buenos caballeros, amigos de nosotros los doctores, quienes nos defendieron bien, con objeciones claramente deducidas, y que el señor rey se encolerizó tanto, que mandó encerrar á esos dos buenos compañeros en la prision del Pequeño Châtelet, para llevarles de allí á Montfaucon, á ser horcados por el cuello hasta que mueran, y que su carne sea echada á los cuervos ó á los perros.

Esta vez estalló una tempestad de gritos y de enérgicas imprecaciones: los pu-

ñales brillaron en todas las manos, y mil voces empezaron á gritar:—Sus! sus! al pequeño Châtelet!

Como se vé, el pescado mordía admirablemente el anzuelo.

Buridan cesaltó el entusiasmo hasta el más alto grado, añadiendo:

—Compañeros! hace mucho calor: quien me quiera, que me siga á la taberna de las *Tres Macetas*, allí haré de modo, que mediante moneda de buena ley, que no es del último troquel de Carlos IV, haya para todos jarras y cubiletes.

Y diciendo esto, sacó de su escarcela un puñado de oro que hizo brillar á la luz del sol, y se dirigió á la taberna seguido de una multitud amenazadora.

El vino corrió á torrentes.

Luego se rompieron las jarras vacias y los cubiletes, y Buridan, viendo que ya las cabezas estaban animadas cuanto queria, dió la señal del ataque gritando:

—A saco el Pequeño Châtelet! Mueran los arqueros y vivan las escuelas!

Miéntas tanto, el ruido de aquella multitud furiosa habia sido oido por los guardias de la prision, quienes espantados de aquel levantamiento inesperado habian enviado apresuradamente por un refuerzo.

La ronda, que tenia un humor bastante belicoso, intentó hacerse sorda al principio, sabiendo por esperiencia que en semejantes aventuras no recibia mas que muchos golpazos, sin compensacion de ninguna clase.

Entónces vinieron arqueros y gendarmes, quienes tomando á vanguardia y á retaguardia á los del vivac, les obligaron á emprender la fuga.

Ya llovía una granizada de piedras en la prision cuando llegó el auxilio y cargó sobre los estudiantes; pero el número de estos se habia aumentado con todos los truhanes, gitanos y aprendices de diversos oficios.

Muchos estaban armados de gruesos bastones herrados, manejándolos de modo que los hacian mas temibles que las alabardas de la policia y las pesadas espadas de los gendarmes; muchos llevaban dagas muy largas que manejaban con una destreza notable; los demas no tenian mas que puñales, pero lanzaban multitud de piedras.

De este modo hicieron resistencia.

Las piedras silbaban como jaras y caían como granizos.

Los bastones herrados describian incesantemente arabescos, de los cuales no concluian nunca una línea, sin que esa arma terrible cayese sobre un cráneo ó rompiese una quijada.

Los agentes de policia fueron los primeros que pusieron piés en polvorosa; los arqueros resistieron un poco mas; pero un movimiento falso de los gendarmes que avanzaron demasiado hizo retroceder á los arqueros y quedó así paralizada su accion. Buridan, que habia ido á la guerra y conocia la táctica militar, se aprovechó de este movimiento para cargar á su vez, á los gendarmes, que bien pronto se vieron rechazados hasta las paredes de la prision.

Hízose terrible el combate; batíanse con furia por una y otra parte, cuando de

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.



repente desde el techo de una casa cercana encima de cuyo techo se habian trepado, diez ó doce estudiantes, hicieron llover sobre los soldados una lluvia de tejas, piedras y ladrillos: deshicieron la armazon de madera del mismo techo, y las vigas les sirvieron de arietes para echar abajo las puertas de la prision.

Al fin quedaron los estudiantes dueños del torreón, los soldados y los gendarmes fueron puestos en fuga y quedó la cárcel invadida y entregada al pillage. Buridan, que habia sido el primero en entrar en ella, corria por todas partes rompiendo las puertas que no podia abrir y blasfemando y echando maldiciones al ver que corria el tiempo y que no lograba aún descubrir el lugar en donde estaban encerrados los caballeros.

Y es que los calabozos del Pequeño Châtelet se estendian á lo léjos y formaban un laberinto inesplicable para quien no habia estudiado su topografía.

Digamos ahora dos palabras de lo que habia pasado en casa de Juana.

Inmediatamente despues de la salida de Buridan, habia llamado á su page favorito.

—Niño,—le dijo,—seguramente habrás visto pasar al caballero que acaba de salir de aquí?

—Lo he visto, lo mismo que os estoy viendo, mi amada soberana; y lo habria yo de reconocer entre otros mil, porque no puedo olvidar la mirada que me lanzó al pasar.

—Pues bien, Oliverio mio, ese hombre se llama Buridan, conoce tu secreto y el mio, y á ambos quiere perdernos. En este mismo momento, está dirigiéndose á toda prisa hácia la cárcel del Pequeño Châtelet con el objeto de libertar á los hermanos de Aunoi, que son tambien traidores, lo mismo que él, é intentan perjudicarnos. ¿No seria justo y conveniente que una buena estocada lanzara á ese villano en el infierno ántes de que hubiese llevado á cabo su fatal proyecto?

—Os juro por el alma de mi cuerpo, mi bella Juana adorada, que así lo haré en el mismo dia de hoy, si es que Dios me da vida y fuerza para ello.

—Pero, hijo mio, es preciso que tomeis muchas precauciones.

—Nada temais, hermosa mia; tengo una daga y una espada escelentes, y no soy tan niño que no sepa hacer uso de ellas contra el indigno traidor que se atreve á amenazar á la dueña de mi sangre y de mis pensamientos.

—Has de tener presente, amigo mio, que solo debes herir cuando estés bien seguro de no errar el golpe, y de manera que no pueda la justicia suponer que seas tú el que ha castigado á ese impio. Así apróntate y haz modo de que....

—Un beso, y me voy.

Esta era una moneda de que no era avara la honesta princesa para con un mancebo de tan bonita y apuesta presencia: le dió cuatro en vez de uno, y Oliverio se fué tan alegre y dichoso como si se hubiese tratado de volar á una cita amorosa.

Miéntas el jóven page recibia esa mision y se apresuraba á cumplirla cuanto ántes, los soldados que habian sido puestos en fuga por los estudiantes habian vuelto á unirse; habíanles llegado algunos refuerzos y tomaron de nuevo la ofensiva con tanto vigor, que le fué forzoso á Buridan salir apresuradamente de la cárcel ántes de haber podido descubrir donde estaba el calabozo en que se hallaban encerrados los caballeros d'Aunoi. Intentó reanimar á los estudiantes para volverlos á llevar al combate; pero ya habian emprendido á su vez la fuga, y la ira y el entusiasmo de estos doctores en verba se habia de tal manera enfriado al ver aumentarse por momentos el número de los soldados, que ni las injurias, ni los reproches, ni las amenazas, pudieron ya determinarlos á hacer una nueva tentativa. Buridan, hallándose bien pronto estrechado por los arqueros, se vió obligado á abandonar á toda prisa el campo de batalla; atravesó el Pequeño Puente y se internó en una de las calles estrechas y tortuosas de la antigua ciudad.

De repente, vióse frente á frente con un mancebo que le impedia pasar adelante, poniéndole la punta de su espada en el pecho. Era Oliverio, que lo habia reconocido y habia logrado darle alcance á pesar de la rapidez con que se alejaba del Pequeño Châtelet el primer amante de Margarita de Borgoña.

—Hola!—le dijo el elegante pajecillo,—¿qué es decente, acaso, para un caballero como vos, el correr así por las calles á semejanza de un ladron que huye de la picota?

—Niño,—contestó Buridan, que tambien lo reconoció,—¿te ha dado la señora Juana algun mensaje para mí?

Y hablaba muy de veras, pensando que la princesa habia hecho correr tras de él para que le entregaran el oro por cuyo precio habia prometido guardar silencio; pero se quedó grandemente admirado cuando Oliverio, que conservaba el acero desnudo en la mano, le dijo con voz temblorosa á causa de la cólera que resentia:

—El mensaje que os traigo es el de deciros que sois un traidor y desleal caballero, que por felonía y mala intencion acusais de pecados que nada os petan, á la nuera de monseñor el rey. Y voto á brios, villano, que te he de volver á meter tus embusteras palabras en la garganta.

—Vive Dios que es chusca la ocurrencial ¿Qué le habrá hecho á esa condenada este pobrecillo para querer que lo haga yo casi incontinenti?... Niño, esa espada es demasiado pesada para tu brazo mugeril: por tanto, te aconsejo que prosigas tu camino, pues ningun caso quiero hacer de tus fanfarronadas de imberbe.

Pero no estaba Oliverio dispuesto á usar del consejo, y empezó á atacar á Buridan de manera que pronto se desengañase éste respecto del inofensivo adversario que creia tener delante de sí.

—Vaya, pues, ya que te empeñas, chiquillo,—dijo desenvainando su espada. Oliverio era vivo, diestro y muy ágil; daba vueltas al rededor de Buridan, lo



mismo que una mosca que va zumbando ántes de dar su piquete; pero el caballero tenia un brazo de hierro y la mirada pronta y segura. Despues de algunas pasadas hizo una finta; el page se vino á fondo, pero su espada se deslizó contra la de Buridan, que se sumergió hasta la empuñadura en el pecho del desgraciado Oliverio.

—Basta por hoy,—dijo el amante de Margarita al alejarse á toda prisa de aquel sitio,—y creo que será prudente salir de esta maldita ciudad, donde solo he encontrado ó causado desgracias.

Dos horas despues, gracias al oro y á las pedrerías de Juana, maese Juan Buridan cabalgaba rápidamente hácia San Dionisio, sin mas plan ni mas arbitrio para aquel, entónces, que huir de Paris y aguardar en algun escondite, humilde y oculto lugar que se hubiese puesto en olvido, esas sus malhadadas aventuras.

## VI.

Margarita de Borgoña en el castillo de Gisors.—Blanca en el castillo de Gaillard.—Juana en el castillo de Dourdan.—Buridan penetra al lado de Margarita.—Tentativa de evasion.—Es transferida Margarita de Borgoña al castillo de Gaillard.—Buridan vuelve á Paris.—Proceso, sentencia y ejecucion de los hermanos d'Aunoi.—Suerte de Buridan.

Juana no debía disfrutar durante mucho tiempo de la impunidad que creía haber conseguido por medio de nuevos crímenes.

Margarita de Borgoña, sin hacer muchos esfuerzos de imaginacion, habia adivinado fácilmente de donde provenia el golpe terrible que acababa de herirla, y creyéndose perdida para siempre, no quiso, al ménos, morir sin haberse vengado de una manera terrible. Aterrorizada al principio, esa muger enérgica se habia vuelto á enderezar de repente, lo mismo que una víbora que huye de la planta que iba á aplastarla. En cuanto amaneció llamó con todas sus fuerzas en la puerta del aposento en que la habian encerrado.

—Hola!—esclamó,—que vayan inmediatamente á decirle á monseñor el rey, que la reina de Navarra quiere comunicarle asuntos de importancia, que urge sepa su real persona, so pena de ver acaecer muy luego desgracias de gran tamaño.

—Señora,—contestó el oficial que comandaba á los guardias á quienes se habia confiado la custodia de los dos cuartos en que estaban encerradas las dos reales cuñadas,—tengo orden terminante del rey nuestro señor de no moverme de aquí, y por tanto, se me hace imposible cumplir con la comision que os servís encomendarme.

Insistió Margarita, diciendo que importaba el honor y tal vez la vida del rey lo que tenia que comunicarle, y logró al fin que se mandara al Louvre un guarda que trasmitió sus mismas palabras á Felipe el Hermoso.

El rey habia vuelto á pasar una noche muy mala, pensando en este desgraciado asunto que iba á manchar con una deshonra indeleble el nombre de su real familia. Ya se habia levantado y vestido, cuando le dieron el recado de la reina de Navarra. Dió orden inmediatamente de que trajeran á las dos prisioneras á su presencia con sus correspondientes escoltas y dentro de literas perfectamente cerradas.

Así se hizo esactamente.

Margarita habia vuelto á cobrar toda su audacia; parecia que esa muger de pasiones ardientes poseía siempre en sí la fuerza moral y la voluntad firme de destruir todos los obstáculos que podían oponérsele.

Pero no sucedia otro tanto con Blanca que, á la pasion desenfadada de los placeres amorosos no unia, como su cómplice, un corazon tan intrépido como corrompido. Presa de la mas honda desesperacion, habia pasado en los ayes y las lágrimas el resto de esa noche, que comenzára en las delicias de la voluptuosidad. Al saber que iban á conducirla ante el rey, perdió el sentido y fué preciso llevarla hasta la litera, porque duró largo rato su desmayo.

Llegaron las dos princesas delante de Felipe el Hermoso: este mandó retirar á los cortesanos que le rodeaban y dirigiéndose á la reina de Navarra, le dijo en tono grave é imponente:

—Hénos aquí, señora; y estamos dispuestos á haceros pronta y cabal justicia. Si teneis alguna revelacion que hacernos, podeis hablar; pero hacedlo breve é incontinenti.

—Señor,—contestó Margarita con entereza,—os he de decir ántes que todo una cosa en que no habeis pensado al tratar de la misma manera que si fuera una meretriz á la hija del duque de Borgoña, y es, que si habeis olvidado cual fué nuestra cuna, muy bien podia suceder que el Burguiñon os lo recordara con cien mil picas.

—Vive Dios!—esclamó el monarca,—hé aquí palabras atrevidas de que os haríamos arrepentir si, por nuestros pecados, no tuviéramos que ocuparnos de cosas mas urgentes y vergonzosas. Así, pues, decidnos al momento quiénes os han arrastrado á la perdicion y os han conducido á cometer tamaños crímenes, pues aparece de los lugares donde os hemos mandado arrestar, que de allí mismo provienen todos esos mancebos que en estos últimos tiempos se han encontrado asesinados en el rio de nuestra capital.